

EL HOMBRE Y SU MUERTE

Hoy llama la atención que el problema de la muerte no es un problema puramente religioso, se ha convertido en tema universal del que se preocupa el psicoanálisis (Freud), el análisis lingüístico y la hermenéutica (Ogden), la sociología (el marxismo reciente), la metafísica (Heidegger, Sartre, Marcel). Y se ocupan de la muerte no como algo periférico, sino esencial. Es que toda antropología —la ciencia hoy en boga— ha de afrontar necesariamente esa cosa desconcertante que es la muerte en la que el «anthropos» (el ser humano) parece concluir y fracasar.

En realidad, la pregunta por la muerte es no tanto un capítulo de escatología cuanto de antropología teológica con múltiples implicaciones de Cristología, Soteriología, Gracia, hamartiología, constelación sacramentaria, futurología... Son del reciente Concilio Vaticano II en la *Gaudium et spes*, número 18, estas frases programáticas: «ante la muerte, el enigma de la condición humana llega a su punto culminante. Pues no sólo es atormentado el hombre por el dolor y disolución progresiva de su cuerpo, sino también y sobre todo por el temor de su desaparición perpetua».

Si en algún punto, en este de la muerte, urgía una renovación profunda por parte de los Teólogos asesorados por filosofía y ciencias bíblicas. Casi hasta el dintel de los años cincuenta la teología se encerraba en la nuda consideración de ser la muerte término final del «tiempo de prueba», sin reparar en el importante dato de la presencia esencial de la muerte en la existencia humana ni en el acto de la muerte en la existencia humana ni en el acto de la muerte como condensación de mi ser en el mundo. La muerte de Cristo se veía sólo en su valor satisfactorio y meritorio, pasando de largo por su relación con la Encarnación en cuanto apropiación de nuestra naturaleza precedera por el Hijo de Dios, sin atender a la Resurrección como logro cumplido de la Encarnación. Quedaba así despojada la muerte de su «hondo sentido existencial y de su carácter» dramático de maduración y encuentro del hombre consigo mismo y con Dios.

Este complejo problema es el que ha venido a iluminar con una obra excelente el profesor de Teología Dogmática en Oviedo y Burgos y de cursos especiales en la Universidad Pontificia Comillas, don Juan Luis Ruiz de la Peña¹. No es una improvisación, sino el fruto de cinco años de investigación atenta, lecturas amplias, reflexión continuada, que han cuajado en una obra, la primera importante que se publica en el área original de

¹ RUIZ DE LA PEÑA, JUAN LUIS: *El hombre y su muerte. Antropología teológica actual*, Facultad teológica del norte de España. Sede de Burgos. Ed. Aldecoa (Burgos, 1971), 411 p., 18×25,5 cm.

lengua española sobre el tema y también la única monografía de conjunto aparecida hasta el momento en otros idiomas. De estar escrita en alemán o francés, de seguro que nos hubiéramos apresurado a traducirla.

Cuatrocientas páginas, incluidos índices, ¿no parecen demasiadas páginas para tema tan sombrío como el de la muerte? Quien esto pregunte, queda ya calificado como no competente en un problema pleno de actualidad. Ruiz de la Peña ha calado hondo en estas relaciones. Al título más general: *El hombre y su muerte* ha añadido, tenía que añadir, el expresivo subtítulo *Antropología teológica actual*.

La estructuración de la obra de RUIZ DE LA PEÑA se presenta diáfana. Se parte de los datos elaborados por la teología clásica (primera parte, páginas 7-68): definición de la muerte, eutronque antropológico, la muerte pena del pecado, la muerte fin del estado de peregrinación, universalidad de la muerte. Vienen los casos excepcionales: muerte de Cristo, de María, de los niños bautizados con sus varios y difíciles problemas, sus peligrosas oscilaciones registradas, por ejemplo, en torno a la descripción tradicional (muerte como separación de alma y cuerpo).

Parecía lógico pasar de inmediato a las corrientes de la doctrina católica actual confrontándola con la doctrina clásica. Lógico superficialmente tal vez, pero ¿científico? El pensamiento teológico contemporáneo se desarrolla «bajo un juego de influencias innegables» —y añadiríamos, inevitables— cuyas fuentes existencialismo y teología protestante había necesariamente que estudiar e investigar, si se quieren apreciar las contribuciones más significativas al tema «dentro de un arco temporal teológico que arranca aproximadamente de la segunda mitad de nuestro siglo».

Este es el contenido de la segunda parte del libro: «La muerte en el pensamiento acatólico contemporáneo» (pp. 69-162). Con dos capítulos: el pensamiento filosófico y la teología protestante. En ambos momentos, y para mayor objetividad e imparcialidad, RUIZ DE LA PEÑA escoge los autores más representativos y originales empalmándolos con los temas de mayor entidad relacional. Así, dentro del campo filosófico figura un anticipador, MAX SCHRÖBER («Muerte e inmortalidad»), y tres nombres de indudable influencia: M. HEIDEGGER («El hombre, ser para la muerte»), J. P. SARTRE («La apología del absurdo»), K. JASPER («La muerte y el ser»). Se añade un católico existencialista, G. MARCEL («La muerte como acceso a la trascendencia»).

La derivación a la «teología protestante» es obvia. En el protestantismo se da en lo que va de siglo un fenómeno paralelo al que dio vida al movimiento existencialista «creando un clima propicio a la acentuación de lo escatológico, de la contingencia humana frente a la trascendencia divina, de lo temporal respecto de lo eterno». Se imponía por lo mismo al autor hacer una síntesis (indicativa, no exhaustiva) de la muerte, considerada en sí misma y en su relación con la vida a través de las figuras representativas del movimiento teológico de la «crisis», así como de otras corrientes o tendencias: el diálogo con el existencialismo en sus formas variadas que van de la durísima crítica de Brunner a la simpatía manifiesta de Künneth.

Pero aflora una convergencia de criterios por lo que hace a los capítulos esenciales de la cuestión antropológica: razón de la personalidad humana y su constitución ontológica; problema de la inmortalidad humana; carácter esencialmente temporal de la existencia humana (pp. 123-

139). Reglexiones que nos introducen en la temática que interesa directamente al estudio de RUIZ DE LA PEÑA: ¿Qué es la muerte para el ser cuya estructura se diseña anteriormente? ¿Cómo afecta la muerte a una entidad de tan múltiples matices, de tan ricas posibilidades como la del hombre? ¿Hay algo en mí que sobreviva al asalto de la muerte? ¿Inmortalidad del alma o fe en la resurrección? ¿Cuál es la situación de ese residuo post-mortel en el intervalo que va tal vez de la muerte a la resurrección? (pp. 139-160).

Al terminar esta segunda parte, nos encontramos bien situados para ganar la orilla de la tercera parte: «La moderna teología de la muerte» (pp. 161-392). Por su dimensión y contenido, esta parte forma el núcleo de la investigación presente. Por ella vemos cómo, lejos de paralizarse en sus posiciones tradicionales, los teólogos católicos contemporáneos han emprendido animosamente la tarea de renovar y enriquecer los seculares puntos de vista sobre la muerte. Aparte los estímulos específicos procedentes de otros campos (filosofía, protestantismo, exégesis bíblica, reactualización de la patrística) nos encontramos aquí ante un caso particular muy característico del desarrollo teológico general, singularmente visible en el período que sigue de inmediato a la segunda gran guerra.

La metodología seguida aquí no es la agrupación por temas o aspectos de la cuestión, sino la exposición en torno a las obras más significativas del período estudiado. Se corre el riesgo de incurrir en repeticiones, pero queda compensado con sus ventajas; «las mismas repeticiones sirven para poner sobre la pista de eventuales influencias o de coincidencias de matices diferenciales sobre el acorde fundamental. Y, sobre todo, se evita el peligro de colocar entre el lector y los autores examinados un esquema preconcebido, ajeno al pensamiento de éstos» (p. 162).

Dentro de este procedimiento legítimo, el capítulo quinto va dedicado a los «Antecedentes inmediatos», es decir, firmas que anticipan por intuición muchas de las líneas maestras que caracterizarán luego la reflexión teológica sobre el tema, aun cuando no todos estos precursores sean teólogos de profesión: TEILHARD, MERSCH, HENSTENBERG que representan un claro avance sobre las posiciones precedentes y ofrecen una ancha plataforma en orden a la actuación técnica de la doctrina. Tarea que corresponderá a los teólogos de profesión, cuyo estudio ocupa la atención de RUIZ DE LA PEÑA desde el capítulo sexto al nono inclusive. En concreto:

M. SCHMANS o *La voluntad de renovación y diálogo*. Voluntad de renovación observable en sus reflexiones sobre la historicidad y dinamismo de la persona, sobre la angustia ante la muerte, sobre la situación del alma separada; voluntad de diálogo reflejada en su familiaridad con el pensamiento filosófico y la teología protestante reciente pero sin renunciar a señalar los aspectos menos felices de aquellas ideologías.

K. RAHNER o *La muerte, fin y consumación*. En el estudio sobre la muerte, tenemos que atender en RAHNER no sólo a su monografía *Zur Theologie des Todes* (1958), sino también a la abundancia de referencias ocasionales al tema en gran parte de sus escritos. En realidad, «los puntos de vista que RAHNER adopta en su indagación sobre la muerte vienen a ser el desarrollo lógico de su antropología» (p. 217). Coincidimos con RUIZ DE LA PEÑA en la afirmación que hace: las ideas fundamentales de la visión de RAHNER sobre la muerte habían sido ya expuestas por otros autores (filósofos, teólogos protestantes y católicos). Si, con todo, sentimos la sen-

sación de encontrarnos ante una obra original, ello se debe a la envidiable coherencia con que el autor germano construye, manipulando un material tan vario, una teoría sistemática sin violencia dentro de su propia antropología. Por otra parte, no son escasas ni de poca importancia las aportaciones nuevas.

H. VOLK o *Muerte e historia de la salvación*. No menos sistemática que la obra de RAHNER, la de VOLK se apoya, sin embargo, en una antropología estrictamente teológica, en base a la incidencia que sobre el hombre concreto ejercen los cinco elementos determinantes de la salvación: creación, gracia, pecado, redención, consumación escatológica. En VOLK se da un caso más de la resuelta afirmación del ser uno del hombre, por encima de la esencial diversidad de sus componentes; postura que incide sobre la valoración de la muerte y sus consecuencias en el sujeto a ellas sometido. Aunque la originalidad de VOLK hay que buscarla en que, eludiendo intencionadamente las sugerencias ofrecidas por la filosofía, se ciñe con rigor a los elementos que se desprenden de la historia de la salvación, subrayando el significado decisivo de la resurrección como respuesta última a la pregunta sobre la muerte.

R. TROISFONTAINES o *La muerte, nacimiento de la persona*. Más directamente atraído, como G. MARCEL por el tema de la inmortalidad que por el de la muerte, la obra corre a lo largo de una doble vía: argumentos racionales y doctrina revelada. Alcance universal de la muerte, tenaz inminencia de la misma son los motivos que nuestro autor indica para justificar el eterno interés con que se la escruta. RUIZ DE LA PEÑA sigue las fuentes inspiradoras de TROISFONTAINES, analiza su ideología y pone unas observaciones críticas atinadas, profundas.

Los capítulos décimo y undécimo de la obra que presentamos, están dedicados a dos temas concretos. Se trata de la «La opción final» (iluminación —opción— los pros y los contras) y de «La inmortalidad antelapsaria» (el carácter penal de la muerte). La excepción en cuanto al método expositivo, elegido hasta el momento, queda justificada no sólo por la importancia y la amplitud que reviste hoy el diálogo en torno a estos temas, sino que además un juicio crítico sobre ambos es únicamente posible a la luz de su contexto: la doctrina general de la muerte humana.

La investigación de RUIZ DE LA PEÑA queda redondeada, con lo que él llama *Síntesis conclusiva*. A lo largo de casi treinta páginas densas de pensamiento, equilibradas de juicio, jugosas por su valor comparativo, desfilan: 1) «Síntesis de la doctrina católica actual»; 2) «Confrontación con la doctrina tradicional»; 3) «Las cuestiones pendientes»; 4) «Las influencias del campo acatólico»; 5) «Existencialismo, protestantismo, catolicismo». En conjunto, nos parece perfecto. Sobre un punto queremos llamar la atención por parecer advertir alguna fluctuación en RUIZ DE LA PEÑA: ¿Se admite verdaderamente la escatología intermedia? ¿Se acoge el autor a la solución Boros, U. v. Balthasar de la resurrección inmediata «post mortem»? ¿Cómo concibe la resurrección final con la Parusía? Tal vez no hayamos captado nosotros el pensamiento personal de RUIZ DE LA PEÑA en estos puntos difíciles concretos.

Con explicable simpatía, pero que no perturba la objetividad de juicio, el Padre Juan Alfaro, Patrocinador de la presente Tesis, escribe al presentarla: «No se ha limitado el autor a exponer las ideas nuevas de los pensadores más originales de nuestro tiempo en el campo de la filosofía y

de la teología, sino que ha sabido someterlas a una crítica personal, tan equilibrada y abierta como penetrante. En plena fidelidad a la doctrina católica, sabe valorar los avances de la teología actual y tomar posición ante ellos.»

Breve pero sustanciosa impresión crítica que suscribimos. No era tan fácil en un joven percatarse de la «enorme complejidad del problema teológico de la muerte, en el que convergen las cuestiones fundamentales de la cristología, de la antropología y de la escatología». Percatarse de la trascendencia del tema y dominarlo, organizando con mesura y claridad los muchos elementos, agotando la información a base de las obras de los autores en su lengua original, contraponiendo los pareceres, enjuiciando las afirmaciones, detectando las fuentes de inspiración. Dificilmente habrá rincón bibliográfico que el autor no haya registrado si se relaciona con el tema. Quien lea el libro, no puede prescindir de las muchas notas que no se reducen simplemente a citas, sino que son expresión de un material cuantitativamente amplio en confrontaciones y referencias de temas.

Todo ello hubiera quedado oscurecido si, al rigor científico, no se añadiera el buen metal de una forma literaria auténticamente castellana que le permite a RUIZ DE LA PEÑA expresarse con precisión, limpieza y hasta con un decir hermoso enteramente actual. La obra saldría completa de haber sido enriquecida con un índice temático por palabras y autores, precisamente por el inmenso material que se maneja.

G. BRAVO, S.J.

Universidad Comillas (Madrid).